

persona se encargará de vengarme y lo estoy de que no dejaré de hacerlo.

— ¿Ella? preguntó M. Gigant admirado.

— Sí, ella, afirmó el coronel. Tú te has burlado de mí, y sin duda ninguna ella se burla de tí. Por causa de ella, es por lo que tú me abandonas, y, lo adivino, por causa de ella es por lo que envías al mejor de tus auxiliares á correr los riesgos de un combate á muerte; ese combate será tal vez mi pérdida, pero acuérdate de lo que te digo, será la tuya igualmente.

Y despues de haberse expresado así, simplemente y sin ningun acento, sin aire teatral, el coronel salió, dejando á M. Gigant aterrado.

— La inteligencia diabólica de Aurelia, se dijo para sí, despues de un momento, lo habia adivinado todo. De seguro este hombre se dejará matar.

M. Gigant no era supersticioso, pero el acento profético de las últimas palabras de su antiguo cómplice estaban muy conformes con las dudas que le habian asaltado muchas veces, para que dejasen de causarle alguna sensacion.

Sacrificando al coronel por Aurelia, temia no fuese á abandonar la presa por coger la sombra de ella.

Del coronel estaba seguro, pero no tenia la misma seguridad en Aurelia.

Aurelia lo dominaba, y él dominaba al coronel.

Pero habia hecho tales progresos en su corazon su pasion no satisfecha, que ya le era imposible verse libre de ella.

Lo mismo sucede con ciertas malas yerbas que el labrador no puede conseguir extirpar del campo cuando se han arraigado demasiado profundamente en la tierra.

Era una pasion maléfica la que Aurelia le habia introducido en el alma, semejante á una lláma del infierno.

No podia apartar de su cabecera la vision de aquella mujer desmelenada, convulsa, provocándole con sus miradas y con su sonrisa.

Fac et spera.

M. Gigant veia con una espantosa lucidez algunas veces todas las consecuencias de su imprudente obediencia; y con la vista espantada miraba la profundidad inmensa del abismo en que iba á arrojarse voluntariamente; entonces, por un movimiento de reaccion, se decia:

— No quiero.

Pero, algunos momentos despues, la imágen embriagadora de la felicidad prometida volvía á turbar sus pensamientos, irritaba sus nervios y hacia hervir su sangre.

— *Fac et spera.*

Y entonces, destrozado, debilitado, inerte, se dejaba dominar por aquella pesadilla y se entregaba de nuevo á aquella idea que no podia desterrar.

Sí, Aurelia tenia razon al decirle que ella conocia su pasion dominante tan bien como la de Matifay.

Aquella hechicera que con una sola mirada habia sabido evocar en el cerebro del baron el espectro de la Locura, habia sabido tambien, con otra no menos terrible y eficaz, evocar y hacer nacer en el alma de M. Gigant una pasion profunda.

Al uno el terror. Al otro la pasion brutal.

En su conversacion con el coronel, M. Gigant se habia comparado á sí mismo á un animal salvaje y feroz, á un leon, á un tigre, y era demasiado honor el que se hacia en ello.

Y la condesa de Monte-Cristo le hacia tambien este honor: le cazaba del mismo modo que se caza al tigre y al leon.

Cuando estos animales están bravos, el leon hace estremecer la selva y el desierto con sus terribles rugidos, y entonces la leona encadenada le responde con sus roncos acentos desde la celada en que se la tiene sujeta.

Corre el leon, olfateando el viento con sus narices dilatadas, azotando sus ijares con la cola y erizada su melena, y volviendo á hacer resonar los ecos con sus rugidos de pasion y deseo, se vuelve y se revuelve mil veces en torno de la celada.

Vacila, escarba la tierra, destroza con sus garras cuantos objetos se le presentan á su páso, y lucha contra sí mismo durante largo tiempo.

Mientras tanto, el cazador que está en acecho espera con paciencia, porque está seguro de que la pasion acabará al fin por rendir á la fiera.

Así M. Gigant habria querido huir y arrojar de su imaginacion calenturienta la imágen persistente que se habia apoderado de su cerebro.

Pero no podia lograrlo, y cada noche volvía á traerle el mismo sueño: la representacion de la imágen de la condesa de Rancogne con aquella semejanza parecida á la que Satanás puede tener con los ángeles del Cielo.

Y esta forma irritante y provocadora le tendía los brazos y fijaba sobre él sus ojos brillantes cuyas penetrantes miradas le abrasaban el alma como carbones ardiendo.

Pero tan luego como se abalanzaba hácia ella y trataba de estrecharla contra su seno palpitante, en seguida se extinguía la llama de sus ojos, y M. Gigant no tenia ya delante de sí sino una figura austera, enlutada, triste é indignada... la figura de la condesa muerta.

Entonces, nadando en un sudor frio, se despertaba, y mordiendo las almohadas de rabia y con las manos tendidas hácia el cielo y todo convulso, exclamaba:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿no podré arrancar de mi corazon este amor maldito?

La calma le volvía con el alba, y durante el dia atravesaba la ciudad y se ocupaba en sus negocios con tranquilidad aparente, riéndose consigo mismo de su propia locura y de los sueños disparatados que tenia, sueños que á la noche siguiente volvían á repetirse.

Entonces se decia que Aurelia era la compañera que necesitaba, y que unidos los dos serian invencibles; que ella no trataría nunca de burlarse de él. Y queriendo engañarse á sí mismo, se repetía aquellas dos palabras que lo encadenaban, á la manera de esas fórmulas cabalísticas que se encuentran en los rituales de la edad media:

— *¡Fac et spera!*

XXXI

LA JÓVEN MAMÁ.

Hacia ya más de dos semanas que el baron Matifay no salía de su cuarto, sino para ocuparse en sus negocios mas urgentes.

Tampoco bajaba ya á comer á la mesa de la familia, y en los raros momentos que su mujer ó su suegro conseguían verle, notaban que estaba siempre preocupado de una idea fija, idea de que se negaba constantemente á dar á nadie cuenta.

No habia mas que el doctor Ozam que estuviese iniciado en este misterio, el cual le impedía revelar su carácter medical.

Sea como quiera, veíase que el baron estaba afligido por una enfermedad secreta que iba consumiendo y agotando en él insensiblemente las fuentes de la vida.

En el palacio que se habia vuelto tan triste como una tumba, apenas se veían ya algunas raras personas de visita.

Empezaban ya á circular algunos rumores relativos al crédito del baron, como banquero, fundados en el mal estado de su salud, y era preciso hacerlos cesar y desaparecer lo mas pronto posible.

Por esta razon, se decidió que el martes de carnaval el palacio Matifay volvería á abrir sus puertas á sus antiguos amigos y conocidos, y que Matifay haría aquel dia los honores de la casa de una manera capaz, si no para destruir completamente aquellos malévolos rumores, para neutralizarlos, por lo menos.

Sin embargo, en casa de Matifay, todos los que la habitaban no participaban de aquella profunda tristeza que envolvía la casa como una espesa niebla.

Entre las personas que habitaban aquella suntuosa vivienda, habia dos seres de los cuales el uno era completamente dichoso, y el otro lo era relativamente tambien, tanto como se lo permitía la esperanza de serlo en adelante.

Lilias y Cipriana.

La interesante jóven, separada para siempre del vizconde de la Cruz, que era su único amor, habia encontrado en su mismo sacrificio una compensacion de aquella pérdida.

Si aquel odioso casamiento con Matifay le habia hecho renunciar para siempre al amor, le habia dado á conocer, al mismo tiempo, otra especie de ternura: la del amor maternal.

Parecía á aquella alma adorable, en la que todo era candor y abnegacion, que habia heredado á un mismo tiempo, así los deberes de Hortensia para con Lilias, como

sus derechos sobre ella... Parecía que aquella segunda hermanita era no su hermana, sino su propia hija.

Lilias, por su parte y por un instinto superior á la razon é incomprendible, parecía haber adivinado la naturaleza de los vínculos morales que la unían á Cipriana.

El cariño que le manifestaba se parecía mas bien al que tiene una niña por su jóven mamá, que el de una hermana á otra hermana.

Solamente que este cariño de Lilias, gracias á la juventud de su madre, que era como llamaba á Cipriana, iba mezclado de mil encantadoras travesuras.

Aquella madre, virgen todavía, jugaba un poco á las muñecas con su hija, y la hora del tocador, particularmente, era una hora de recreo para ella, poco mas ó menos como en el convento.

Loredano se hallaba muy á menudo presente en aquellos momentos, y tambien él se volvía niño con las niñas. Daba algunos consejos, alargaba los alfileres, y se divertía mucho con las vivezas é impacencias de Lilias, que venían siempre á terminarse por una caricia.

En medio de estas colegialas volvía á rejuvenecerse; y desde que su frente no se hallaba ya arrugada por las preocupaciones y los cuidados de los anteriores tiempos, sus facciones finas y expresivas habian vuelto á tomar poco á poco su gracia primitiva.

Al verlo entre Cipriana y Lilias, se hubiese creído que era un esposo jugando con su jóven mujer y con su hija.

Aquella mañana la cuestion del tocador era mas complicada, porque así, como hemos dicho, era el martes de carnaval, el dia en que habia gran fiesta en el palacio Matifay.

Lilias habia exigido desde luego que se la hiciese un traje para disfrazarse, y nadie en la casa sabia resistir á las menores exigencias de aquella linda tiranilla.

Durante quince dias se habian estado hojeando todos los diarios de modas, todas las colecciones de estampas para escoger un traje que sentase bien á su fisonomía traviesa, y al fin, despues de mil consultas y vacilaciones, se habian llegado á fijar en un traje de la *Comedia italiana*.

Una faldita corta ó tonelete de raso de seda blanco, con rayas azules, medias con cuadrados dorados, zapafitos microscópicos llenos de cintas y lazos, cabellos empolvados, un sombrero con plumas, sujeto con coquetería é inclinado á un lado, un lunarcito provocador al lado de los labios, tal fué el traje que se adoptó, haciendo de este modo una Violeta improvisada.

Improvisada, no; porque habia sido necesario mucho tiempo para elegir las telas y despues cortarlas.

Dos costureras habian estado trabajando durante ocho dias bajo la direccion de Cipriana para terminar en fin aquella importante labor, y de seguro no fué demasiado.

El dia anterior se habia hecho á escondidas la prueba del traje, y le iba tan bien, que hubiera sido una lástima no haber dejado que admirasen á Lilias con su tonelete de rayas azules.

Así se convino en que la fiesta que queria dar el baron se

convertiría en un baile de niños, y en seguida, se enviaron las esquelas de convite.

Un baile de trajes y de máscara, ¡oh! ¡qué fiesta tan bonita!

A las ocho de la mañana ya se hallaba levantada Liliás, y saltando sobre la cama de su mamita, reclamaba su traje de máscara.

Medio riendo, medio refunfuñando, la jóven mamá se levantó, porque con Liliás era preciso obedecer siempre.

Apenas acababa de ponerse Cipriana un peinador, cuando vinieron á llamar á la puerta del cuarto discretamente.

Y una voz risueña, la de Loredano, preguntó:

— ¿Se puede entrar?

Se había vuelto tan niño como los mismos niños, y él también estaba impaciente por admirar á Liliás vestida de Violeta.

Pero, mirad qué contratiempo. Ayer cuando Loredano no estaba presente al probárselo, todo iba á las mil maravillas, y hoy que se hallaba allí, todo salía mal.

Fué necesario volver á coger las tijeras, á manejar de nuevo las agujas, y aquel traje, que para ponérselo habria bastado media hora, empleó toda la mañana.

Al fin, se acabó el arreglo á las once de la mañana, y Liliás estaba tan bonita y tan linda, que el conde, para que la fiesta fuera completa, propuso ir á dar una vuelta por los bulevares, despues de almorzar.

Quería que todo Paris admirase á Liliás.

El tocador de Cipriana no fué largo: en primer lugar, no era coqueta, y luego, el rumor de la enfermedad de su marido, que empezaba á extenderse, la imponía el deber de ser muy circunspecta.

El almuerzo, como debe presumirse, fué muy alegre. El conde estuvo tan calavera como en el tiempo de antaño, durante su juventud.

Había olvidado completamente la aventura del dominó negro, y la promesa que le habia dicho al oído.

Creyó que era una broma de carnaval, algo pesada; la broma de algun enemigo que estaba al corriente de sus asuntos de familia.

Porque ¿cuál era la razon ó motivo que podia tener Hortensia para volver así de improviso á la casa conyugal, despues de haberse desterrado de ella voluntariamente, y de haberse sabido ocultar tan cuidadosamente de todas las pesquisas?

Además, ¿qué le importaba al conde ya el que volviese?

La recibiría con decoro, pero con frialdad, y le haría comprender claramente que, con su huida, habia hecho la abdicacion completa de sus derechos de esposa y madre.

Le declararía francamente que, en lo sucesivo, no era ya con ella con quien contaba para labrar su felicidad, sino con sus hijas.

Y ¿qué hijas mas adorables hubiera podido tener él nunca que aquellas? La una traviesa y vivaracha como una ardilla; la otra reflexiva y mansa como una paloma: la alegría de los ojos y el encanto del corazón.

Sin embargo, Liliás no era mas que una hija adoptiva, y

respecto á Cipriana, tenia dudas sobre su paternidad; pero ¿qué importaba? Hacia ya mucho tiempo que no pensaba ya en aquellas dudas, y no queria volver á pensar mas en ellas; y aquella adopcion la consideraba como una verdadera paternidad.

Estaban concluyendo de almorzar, cuando Florentino entró con una salvilla de plata en la mano, sobre la que habia dos cartas. La una con sobre para madama la baronesa Matifay, y la otra para el conde de Puysaie.

Cipriana vaciló algunos momentos en desgarrar la cubierta al reconocer la letra fina y bien formada del sobrescrito, que era la de sus amigos desconocidos, letra que le habia hecho estremecerse tantas veces cuando recibia su correspondencia.

El conde, teniendo siempre su carta en la mano sin abrirla, se echó á reir al ver el apuro de su hija:

— ¿Carta de algun enamorado... Cipriana? andate con cuidado, mira que se lo contaré al baron.

— No sé de lo que se trata, dijo Cipriana: me parece la letra de la condesa de Monte-Cristo.

— En efecto, contestó el conde, dicen que ha regresado de su viaje, y me admira que no hayamos recibido ya su visita.

— Yo la he convidado, dijo Cipriana con voz entrecortada, — porque mentia, y no sabia mentir bien, — á nuestra fiesta de esta noche. Y esta carta es quizá la respuesta á mi convite.

— Entonces, contestó Loredano, veamos lo que dice.

Ahora ya no hubo escapatoria; fué preciso desgarrar la cubierta.

Aquella misteriosa condesa de Monte-Cristo debia tener sin duda el don de la doble vista, puesto que habia llegado su perspicacia hasta prever el embarazo en que Cipriana se hallaria.

La carta contenia lo siguiente:

«No podré, queridita mia, asistir á vuestra fiesta, como me lo rogais; pero tampoco quiero ser extraña á vuestras alegrías. Ya que habeis heredado el palacio de Monte-Cristo, permitid á su antigua propietaria el que haga hoy sus honores en parte.

» Me han hablado de un director de comedia representada por figurines que está muy á la moda: creo que se llama maese Chinela. Os lo enviaré esta noche, y espero que divertirá á vuestros jóvenes convidados.

» Condesa de MONTE-CRISTO.»

Liliás brincaba de alegría por todo el cuarto.

— ¡Ay! ¡qué gusto! gritaba, tendremos comedia.

Loredano habia abierto también su carta que contenia otros dos papeles. Despues de haber leído una y otros, los estrujaba entre sus manos y se paseaba por el cuarto, con la mayor agitacion.

XXXII

LA CARTA ANÓNIMA.

Cipriana y Liliás estaban mirando pasmadas la agitacion que habia producido en el conde la lectura de aquella carta.

La niña se acercó á la ventana, miró al patio, y dijo:

— La carretela está enganchada.

— Id vosotras, respondió Loredano.

— ¿Y tú, papa mio?

— Yo no puedo acompañaros.

Liliás quiso abrazarle para hacerle cambiar aquella resolucion tan repentina, porque sabia que de ordinario, con sus caricias, obtenia de él todo lo que queria.

Pero esta vez el conde la rechazó con despego, casi con violencia, y sin decir una palabra, salió del comedor.

La carta que acababa de recibir, y que nuestros lectores conocen ya, estaba concebida en estos términos:

« Señor conde,

» Cumple al honor de uno de vuestros mas fieles amigos el suministraros la prueba de la mas infame traicion de que habeis sido victima. Espero que las cartas adjuntas que os remito os ilustrarán sobre la estimacion en que debeis tener al mas íntimo de vuestros comensales y al mas vil de los traidores.»

No habia firma, y el conde habria hecho de esta carta el caso que se debe hacer de una carta anónima, si, en efecto, no se hubiesen hallado bajo la misma cubierta las dos piezas de conviccion á que hacia referencia.

Dos cartas del coronel Fritz dirigidas, la una á la condesa Hortensia de Puysaie, y la otra á madama Gosse, partera.

La primera era la respuesta á aquel desgraciado billete de Hortensia que habia sido el origen de todas sus desdichas, billete que reproducimos aquí igualmente por temor de que nuestros lectores hayan olvidado ya su contenido, el cual decia:

« ¡A qué abismo me habeis arrastrado!... ¡Si él volviese!... La señal de nuestro crimen es tan evidente, que yo no podria ocultárselo. No seais sordo á este supremo llamamiento que os hago. Tengo la cabeza ardiendo; me vuelvo loca: vos me habeis perdido, y ya no me queda mas esperanza que en vos para salvarme.»

El coronel habia cometido la infamia de entregar esta carta á Loredano, asegurándole que habia sido escrita al

caballero de Alizes, en la época del nacimiento de Cipriana, y hé aquí cómo el conde tenia hoy en la mano la prueba de que habia sido dirigida á Fritz mismo, puesto que este habia respondido á ella.

De modo que este hombre indigno, no contento con hacer traicion á aquel que le habia dado todo, su amistad, su estimacion, su casa, habia vendido, y lo que es mas, calumniado á la mujer, demasiado confiada en su honor.

La otra pieza de conviccion que Loredano estrujaba entre sus dedos convulsivamente era un billete dirigido á madama Gosse partera, en el que Fritz le encargaba que cuidase con la mayor atencion de su hija.

¡Su hija! Esta palabra fué como un relámpago que atravesó el cerebro del conde; pero la idea que le hizo nacer la desechó inmediatamente como una idea absurda é imposible.

Liliás, aquella niña que él mismo habia traído á casa, seria la hija de Fritz, la hija de su mas mortal enemigo.

¡Y todos aquellos que Loredano amaba se habian hecho cómplices de esta traicion! Nini Moustache y Hortensia de Puysaie, y quizás hasta la misma Cipriana...

¡Cipriana! ¡ah! ¡con cuánta tristeza, acompañada de amargo remordimiento, adquiria hoy la certidumbre de que la habia sacrificado injustamente!

¡Cuán grande era ahora la amarga ternura que sentia por aquella inocente Ifigenia, la única persona de quien no habia recibido nunca la mas ligera herida, y á la que habia privado, sin embargo, eternamente de la dicha!

El espíritu del conde, inquieto y vacilante, sostenia una terrible lucha, pasando alternativamente de una desesperacion á una tristeza profunda.

Las luchas morales que antes habia sostenido le habian parecido á Loredano bien crueles; pero nunca le habia ocurrido la idea de que llegaria un dia en que tuviese que sostener la que ahora sufría.

Ser tan vergonzosamente vendido por el que él creia su mejor amigo, cuando no era mas que el mas miserable de los caballeros de industria, y por último, haber dado el sagrado nombre de hija, en perjuicio de la hija verdadera, á la que no era sino el fruto del adulterio...

Cuando su espíritu pudo recobrar un poco de serenidad, el conde tomó una resolucion con esa frialdad impasible de aquellos que, conociendo que las cosas han llegado á cierto limite, sienten que, suceda lo que quiera, ni arriesgan, ni tienen ya nada que perder.

Él no tenia otras pruebas de que Liliás fuese la hija del coronel sino la concordancia de las fechas, y esta podia ser efecto de la casualidad.

Era preciso tratar de adquirir una completa certeza sobre el particular.

Para conseguir este objeto, no habia mas que dar un paso dirigiéndose á madama Gosse la partera, que era la única persona de quien podria saber la verdad.

Media hora despues que el conde se resolvió á dar este paso, subia las escaleras de la casa de la calle Rambuteau.